

Jaime García Padrino (2024). *La literatura infantil y juvenil en la Guerra Civil*. Ediciones Espuela de Plata. 272 pp.

Gerardo Fernández San Emeterio
Universidad Complutense de Madrid ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/dill.101459>

La editorial sevillana Renacimiento (no sé por qué hemos de omitir la localización geográfica de las editoriales), responsable último de Ediciones Espuela de Plata, ha acogido en su catálogo este volumen, tan breve como necesario, tan necesario como incómodo, en el que Jaime García Padrino, historiador por excelencia de nuestra literatura infantil y juvenil, estudia la producción literaria dirigida a la infancia en ambos bandos durante la guerra civil española.

Esta labor no se podría haber llevado a cabo sin un conocimiento de las etapas anterior y posterior como el que García Padrino ha mostrado en publicaciones previas dedicadas a los períodos anterior y posterior a la contienda. Era, por lo tanto, necesario que fuese el mismo autor quien llevase a cabo la investigación sobre un momento con características tan diferenciadas de los otros dos. En este sentido, García Padrino comienza por destacar el brusco contraste entre el “alentador panorama” que se ofrecía hasta 1936 y el que se produjo a partir de 1939, sobre todo porque las circunstancias de la dictadura provocaron “sustanciales modificaciones que, en algunos aspectos, requirieron una larga y lenta evolución hasta ser superadas, décadas después” (p. 7).

Por otra parte, no es que la producción de los años de la guerra sea la de más calidad literaria: en el prólogo, el autor se refiere a “creaciones pseudoliterarias, dictadas por los componentes políticos de cada causa” (p. 9). En efecto, en los resultados prima la propaganda; los niños pasaron a ser destinatarios “de una rígida formación ideológica” y “receptores de mensajes de neto contenido ideológico y de enfoques proselitistas” (p. 8). Sí destaca el autor, en cambio, “la más cuidada planificación y mayor profesionalidad en los planteamientos literarios, editoriales y propagandísticos” del bando republicano, frente a la atención “más esporádica en la zona nacional” (p. 9).

El contenido se organiza en cuatro apartados dedicados, respectivamente a “La atención a la infancia en los años de la guerra”, “El libro infantil, una víctima más de la guerra civil”, “La utilización proselitista de la literatura dedicada a niños y jóvenes” y “La difícil continuidad de la literatura infantil en un ambiente bélico”.

Quiero destacar el primero, que no se centra tanto en el repaso de autores y obras, sino en lo referente a la labor asistencial y educativa (cuanto puede ser en una situación como aquella) de ambos bandos: la presencia de bibliotecas en parques en zona republicana, la publicación de la revista *Crónica* y la emisión de tarjetas postales infantiles con textos de Antonio Machado, frente al aprovechamiento de la radio desde la zona sublevada: la recién creada Radio Nacional que emitía desde Salamanca el programa *Ondas animadas* en el que aparecerían una serie de personajes que pasarían, tras la contienda, a la literatura infantil. La labor del actor Fernando Fernández de Córdoba (“el tío Fernando”) será fundamental en este aspecto. Repasa asimismo el autor el papel de la literatura infantil en la reorientación de la formación de maestros en la “Nueva España”.

En cuanto a la producción literaria, el autor ha decidido incluir frecuentes y amplias citas que nos permiten, por ejemplo, comprobar que la calidad de la prosa de Antoniorrobes seguía intacta o la sobrecarga adjetival dedicada tanto a propios como a extraños. También la apropiación, vía adaptación, no solo de cuentos tradicionales (esa es casi la propia naturaleza del cuento), sino de fábulas como las publicadas por el propio Antoniorrobes (p. 190) o de diversas figuras históricas; también de las historias de niños heroicos, muy en la línea de las que D’Amici incluyera en *Cuore* y que habían tenido ya larga descendencia antes de que estallara nuestra guerra. Es muy de agradecer lo amplio y variado de estos textos, dado lo difícil que es acceder a ellos; sabemos que el autor lleva años haciéndose con una biblioteca verdaderamente valiosa que es la que cimienta este libro, largamente meditado y elaborado.

Son también abundantes los ejemplos de ilustraciones, incluso de cuentos completos publicados en páginas de prensa (dos de Elena Fortún en la revista *Crónica*) que muestran las condiciones reales de publicación y las diferentes tendencias estéticas que, más allá del bando, convivían en aquellos años.

No quiero acabar esta reseña sin referirme al caso de Elena Fortún. Es verdaderamente interesante porque parece ser la única ocasión en que alguien decide dar la espalda al conflicto y mostrarlo públicamente en sus cuentos: la presencia de temas sociales o la insistencia en el triunfo de la bondad y en la imaginación del niño para escapar de la realidad (p. 202). Su trabajo supone un contrapunto del mayor interés en una producción que se centraba, sobre todo, en lo más inmediato y, dentro de esto, en el establecimiento de un marco ideológico que dejaba, a la hora de la verdad, escaso margen para la lectura literaria.

En resumen, esta pieza que faltaba al magnífico panorama de la producción de Jaime García Padrino nos llena de interés y de zozobra al mismo tiempo, al poder comprobar casi de primera mano (a través de los ejemplos) el influjo de una situación tan terrible sobre lo que leen los niños, entendiendo que lo que leen se traduce en cómo se conducen, en lo que sueñan y planean, en esa lectura para toda la vida de la que hablamos insistentemente en nuestras clases... No podemos sino dar las gracias al autor por ello.

Cómo citar: Fernández San Emeterio, G. (2025). Jaime García Padrino (2024). *La literatura infantil y juvenil en la Guerra Civil*. Ediciones Espuela de Plata. 272 pp. *Didáctica. Lengua y Literatura*, 37, 209-210.